

**EL ALIENTO  
DEL LOBO**

*Begoña Abraldes Parrado*

EL ALIENTO DEL LOBO  
Autora: Begoña Abraldes Parrado  
ISBN: 978-84-938954-6-4  
Dep. Legal: AS-3853/2011

Editorial Ánade  
Diseño, maquetación e impresión:  
HiFer A.G. Oviedo. [www.hifer.com](http://www.hifer.com)

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, ni su préstamo o alquiler o cualquiera otra forma de cesión de uso del ejemplar, sin permiso previo y por escrito del titular del Copyright.

© El Copyright y todos los demás derechos son propiedad del autor y está debidamente registrado en el Registro General de la Propiedad Intelectual de Asturias.

*“¿Es el amor el sostén del mundo?*

*El amor de mi padre comprándome el primer Quijote, la primera máquina de escribir, la primera grabadora, aunque no quería que fuera periodista (y sin embargo cuando murió llevaba plegado en la cartera el viejo recorte de la crónica de un Real Madrid-Oporto que hice para El Correo); el amor de mi abuelo Sigerico esperándome en el patio del colegio con las manos en los bolsillos de su chaqueta, auténticos cofres siempre guardando tesoros; el amor de mi tío Máximo edificando mi autoestima; el amor de mi hermano reconviniéndome en la UCI del clínico, con la mano tendida, como siempre; el amor de Manuel alentándome continuamente sin desmayo y sin descanso y sin condiciones; el amor de mi hijo Iñaki esforzándose por entender también lo que no está aún capacitado para entender...*

*Sin duda lo es (el sostén del mundo).*

La primera imagen de mi tía Laura que conservo en la memoria la retrata sentada a la puerta de su casa, figando con apatía, o indolencia, el trasiego que se diera en la calle -si acaso se daba, pero no era necesario que se diera-, como si no tuviera otras ocupaciones en las que emplearse, sin importarle que fuera invierno o verano, mañana o tarde; el ovillo formado por los dedos de sus manos apoyado en el regazo de su bata negra; los ojos ausentes, saltando de un objetivo a otro sin control (me parecía que se valía de alguna facultad extraordinaria que la hacía ver más allá de lo que era evidente). Casi nada sabía entonces de aquella mujer que languidecía en actitud pusilánime y alicaída, como si estuviera acobardada, bajo el dintel de la puerta descolorida; parecía tratarse de un ornamento más del paisaje de la plaza; hasta desconocía que había estado casada, y que acaso aún lo estuviera cuando comencé a reparar en ella, de manera que cualquier conjetura que me hubiera hecho entonces no podía tener en cuenta la verdadera historia que escondía aquella figura menuda, para mí apenas una desconocida.

Supe por azar que el hombre que fue a casarse con mi tía hacía muchos años, más de los que yo podía imaginar siquiera cuando me enteré, apareció en el pueblo por primera vez al frente de un grupo de hombres que custodiaba el cadáver de un lobo al que llevaban atado a un palo de grosor considerable, apoyado éste transversalmente sobre los laterales de un pequeño remolque, que era el modo tradicional de exhibirlos, aunque algunas veces para mayor escarnio eran además desollados, y entonces los paseaban con las carnes sanguinolentas y reseca, atestados de moscas, prestas a libar cuanta sangre pudieran extraer de aquel cuerpo inerte mientras hubiera algo provechoso en él. Por entonces abundaban las manadas de lobos que mataban el hambre a costa de las ovejas que ocasionalmente se desperdigaban de los rebaños que guardaban los pastores, quienes sostenían que por culpa de los lobos menguaban sus ganancias, de por sí bastante escuálidas,

así que la lucha entre el hombre y el animal era verdaderamente feroz. Sólo al cabo de mucho tiempo de aquellos otros tiempos se supo que la mayoría de las ovejas que se comían los lobos eran las más viejas, o las que estaban tan enfermas que ni defenderse del ataque del odiado carnívoro podían, o acaso sólo las que se rezagaban, distrayéndose atolondradamente del rebaño a causa del puro cansancio, o quizá aburrimento, de ir de monte en monte, de prado en prado. Habrá que convenir, por tanto, que las pérdidas no eran en verdad tan cuantiosas. No queriendo reconocer los pastores la desmesura del odio que en ellos despertaban los lobos, ni mucho menos el beneficio que obtenían por causa de la carroña que éstos hacían desaparecer tan oportunamente de los pastizales -librándolos así de innumerables infecciones e inmundicias-, de tanto en tanto proyectaban cacerías que tenían como objetivo deshacerse del animal más aborrecido de todos cuantos deambulaban por los montes y los tesos de los alrededores. Así, cuando sus obligaciones más perentorias, relacionadas con las actividades agrícolas o ganaderas en que de normal se ocupaban, lo permitían, organizaban batidas encaminadas a limpiar con un extraño fervor rayano a la obsesión, los alrededores del pueblo del despreciado carnívoro; y cuando el objetivo se saldaba con éxito, los pastores se enzarzaban en una extraña competición dialéctica, dedicada a entresacar todas y cada una de las particularidades que pudieran aplicarse a los colmillos del animal muerto, decían que por haber visto anteriormente y con absoluto detalle las señales dejadas en los pescuezos desgarrados de los animales que hubiera despedazado. De nada valían las preguntas, ni mucho menos las dudas de quienes consideraban sospechosamente certeras tales similitudes entre los colmillos del lobo que hubiera sido abatido y las marcas dejadas en los pescuezos de las ovejas, teniendo en cuenta lo destrozados que acababan los cuerpos de éstas, que por regla general eran prácticamente devorados.

No había variado mucho la situación en el tiempo transcurrido entre los años en los que había aparecido el hombre que se casó con mi tía y los que coincidieron con los de mi infancia y primera

real que causaban los lobos, cuando se daba el caso de que algunas manadas se dejaban ver por los alrededores y uno de sus ejemplares acababa colgando de un palo para mayor gloria de los cazadores que hubieran logrado abatirlo, como sucedió una tarde de invierno, de esas tardes tan azules y luminosas que se vuelven de una celeste dureza, apenas dulcificada por pigmentos ocres, que de tan cortas parecen existir sólo en los sueños, cuando apareció por la puerta de mi casa un grupo de hombres rodeando -escortando más bien, o mejor haría en decir exhibiendo- un pequeño carro metálico muy desvencijado, tirado por un caballo ya añoso, o al menos lo parecía, por cómo agachaba la cabeza a causa del esfuerzo que le debía suponer arrastrar el peso que acarrea.

-A las buenas tardes -dijo uno de aquellos hombres, el que parecía ostentar la jefatura del grupo gracias a la vara de mimbre de trazo irregular que hacía tremolar en las manos.

-Buenas nos de Dios -respondieron a coro las mujeres que había sentadas formando un corro, algunas haciendo labor con las agujas y otras reparando rotos y descosidos a fuerza de zurcidos.

Era poca la claridad que el día aún conservaba y era preciso aprovecharla, como de normal hacían.

-Venimos pidiendo la voluntad -habló de nuevo el portador de la vara de mimbre retorcida, y señaló hacia el carro con un punto de orgullo cercano al descaro-. Vean, vean el ejemplar que hemos cazado hoy. Por lo que sabemos, el muy hijo puta es el causante de muchas ovejas muertas.

-Y de algún ternero, según tengo oído. También es responsable de la muerte de algún ternero -añadió otro de los hombres que formaba el grupo.

-Sí, eso dicen, que también es el causante de la muerte de algún ternero, pero de que haya llegado a tanto no hay pruebas suficientes -corrigió el de la vara de mimbre-. Lo que es, es, y lo que no es, pues no es. Sí sabemos de cierto lo de las ovejas devoradas, muchas y muy buenas, por no decir las mejores. Así que ya hay un bicho menos por los alrededores, jodiendo a los pastores y dándoles quebraderos de cabeza.

Las mujeres levantaron los ojos de las labores que tenían entre manos y miraron alternativamente, primero a los hombres y

después al lobo, que estaba respeluciado y sucio, pero de sus rostros no se dedujo impresión ninguna, si acaso cierta molestia, o una desagradable sorpresa, imposible adivinar si por la irrupción de los hombres o por la contemplación del animal que ya ningún mal podía causar, salvo a los estómagos que se revolvieran por causa de esa visión.

-¡Miren, señoras! Alcen la vista y admiren bien el ejemplar que les presentamos -acompañó el de la vara de mimbre sus palabras con la aproximación que hizo al carro para levantar la cabeza del lobo y abrirle las fauces para mejor poder enseñar su dentadura.

Llegados a este punto, algunas mujeres abandonaron los objetos de su atención sobre las sillas donde habían permanecido sentadas mientras los cosían y se dirigieron pausadamente a sus casas, como si hubieran entendido al fin lo que debían hacer. Al cabo de unos minutos regresaron con idéntica parsimonia y una por una, guardando el orden riguroso de llegada, fueron depositando unas cuantas monedas en la bolsa de lona que uno de aquellos hombres les había tendido a fin de que depositaran en ella el óbolo pretendido. Tras sopesar el contenido, el hombre procedió a cerrarla, pasando por la pequeña abertura un cordel con el que la ciñó después de rodearla con un par de vueltas; a continuación se desabrochó el cinturón, metió por uno de los extremos el cordel de la bolsa y volvió a amarrar el cinturón a los pantalones, que lucían llenos de lamparones, sin duda como resultado de las muchas horas que llevaban gastadas pateando el teso en el intento de encontrar primero y abatir después al lobo que ahora exhibían con tanto orgullo y por el que esperaban obtener una compensación económica a la altura del riesgo que, según ellos, habían corrido al darle muerte. Los cazadores de la bestia entendían que su hazaña libraría a los pastores del acoso del lobo, mientras que éstos fomentaban entre los vecinos del pueblo la colaboración más o menos voluntaria, con la que pagar a aquéllos el servicio que hacían, redundante a la larga o a la corta en unos beneficios que traerían el bien común a la totalidad de los habitantes de la localidad, que así seguiría el camino de la prosperidad. Es bien sabido que el funcionamiento de una comunidad se basa en el bienestar social de todos sus elementos, y que de cojear alguno de

ellos, en este caso el referido a los pastores, tan numerosos entonces, la economía acaba por resentirse. De este modo, los grupos de cazadores ocasionales que de tanto en tanto se aventuraban por los montes cercanos al pueblo, colindantes con los de los otros pueblos vecinos, que también verían restablecida la paz que necesitaban los cuidadores de ovejas, eran muy frecuentes, y más si se corría la voz alertando acerca de alguna manada de lobos que hubiera sido avistada por la zona. Ni siquiera hacía falta que cualquiera de aquellos animales hubiera atacado rebaño alguno, más bien se trataba de obrar de un modo preventivo, con el consiguiente riesgo de mermar las manadas de lobos de forma innecesaria. No calculaban los habitantes del pueblo, ni los de los pueblos cercanos, que la ausencia total de lobos propiciaría la aparición de otras alimañas que también perjudicarían sus intereses, aunque lo hicieran de otro modo que quizá no habían calibrado. Así eran los sencillos y desconfiados habitantes de aquellos pueblos, que no acertaban a entender más que de pan para hoy, ignorando el acaso hambre para mañana.

-¡Forasteros! ¡Qué falta nos harán a nosotros los forasteros! Como si aquí no hubiera hombres de ley ¡Hay que ver! Tienen que venir de por ahí para hacer el trabajo que, si fuera necesario, bien podrían hacer de sobra nuestros mozos.

Las palabras de la mujer parecieron disgustar a los hombres. Entonces, el de la vara de mimbre, que para mejor maniobrar se la colocó bajo el sobaco, procediendo a continuación a introducir los pulgares entre el cinturón del pantalón, tan reluciente como el del compañero que cargaba con la bolsa de monedas, y la camisa de franela también sebosa, se irguió todo cuanto le permitieron sus cortas y rechonchas piernas para responderle:

-¡Oiga, señora, que este bicho, ahí donde usted lo ve, con la cabeza bien *gacha*, es el causante de un montón de ovejas muertas! ¿No ve lo reluciente que tiene el pelaje, que parece que va a reventar de satisfacción, el muy cabrón?

-¡Qué sabrá usted! Además, lo del pelaje reluciente lo dirá por decir, porque está bien sucio, será por la sangre reseca que se le ha hecho ya mugre -respondió la mujer, que además de ser una de las mujeres que cosían cada día aprovechando la abrigada de



la amplia y acogedora esquina formada gracias a la construcción irregular de una casa que se apartaba arbitrariamente de la línea recta que seguía la calle, resulta que era mi madre.

-¡Pues claro que lo sé! ¡Y todos los hombres de este pueblo lo saben también!

-¿Lo han visto, eh? ¿Acaso lo han visto? ¿Han visto a ese lobo matando alguna oveja? -preguntó mi madre airadamente, al tiempo que señalaba hacia el animal que colgaba lastimosamente del palo al que había sido atado, sujetado éste a los laterales del carro, perdida después de muerto toda la fiereza que hubiera podido tener en vida.

-Lo saben todos. Todos están al cabo de la calle de las hazañas de este animal -respondió el hombre-. Que pregunten a los pastores perjudicados cómo se les quedaron los pobres animales después de que el bicho éste se ensañara con ellos. Y no le quiero decir nada de los buenos duros que dejaron de ganar por su culpa.

Yo hubiera querido protestar de alguna forma, decir que no era posible saber a ciencia cierta a qué animal podrían atribuírse las huellas de unos dientes dejadas en los pescuezos destrozados y prácticamente devorados de las víctimas, pero los niños teníamos poca vela en las cuestiones de los mayores.

-No, si yo no digo que no tenga usted razón, que a lo mejor hasta la tiene y todo -pareció retroceder entonces mi madre en sus bravatas-, pero, en caso de que sea así, como usted dice que es, digo yo que ya hay suficientes hombres en este pueblo para hacer esa labor, sin que haga falta que vengan otros de fuera.

-Pues haga usted lo que quiera, oiga. Nosotros bien que hemos cumplido con lo que teníamos que cumplir. Queden ustedes con Dios.

-Con Dios vayan -se despidieron a coro las mujeres, salvo mi madre, que tampoco había contribuido a llenar la bolsa de monedas.

Dichas estas palabras, y algunas más que olvidé enseguida, los hombres emprendieron aquella curiosa procesión, en la que el lobo muerto y empalado bien hubiera podido confundirse con un circunstancial santo que mereciera ser llevado en andas para festejar el día que le pertenecía en el calendario, y se marcharon por la calle abajo que iba a dar a la plaza. Antes de perderse de vista

por completo, observé cómo se paraban delante de otro grupo de mujeres que hacían lo mismo que el grupo de mujeres donde estaba mi madre, y allí se volvió a repetir el gesto de levantarse ellas de las sillas donde habían estado sentadas, y el de regresar a los pocos minutos para introducir en la bolsa de lona algunas monedas, o así entiendo yo que debió ser; haber de qué otra cosa podía tratarse, andando ellos como andaban pidiendo la voluntad, más bien exigiéndola, prácticamente.

-¡Niña, no te asomes, que no es de buena educación! -me recriminó mi madre cuando me vio empinada sobre las punteras de los pies, haciendo equilibrios para mantenerme escondida detrás de la esquina de la casa de la señora Lucila, para mejor poder seguir con la vista el lento caminar del grupo de hombres que rodeaba el carro donde había un lobo muerto atado a un palo.

Al empezar a encenderse las luces de la calle, apenas unas cuantas bombillas de escaso voltaje, salpicando algunas fachadas por aquí y por allá, que iluminaban bien poco y hacían palidecer los rostros de las personas que pasaban por debajo, hasta el punto de asemejarlos a entes de otro mundo, por estar las bombillas al aire, pobremente protegidas por un escueto sombrero de porcelana blanca descascarillada en los bordes, y hasta en la parte superior que debía guarecerlas de la lluvia cuando caía, mi madre dio por terminada la jornada de costura, recogió la labor y dijo que ya iba siendo hora de entrar en casa para preparar la cena.

-¡Pero qué prisa tienes, mujer! -le dijo, aparentando mucho pesar, la señora Josefa, que era la dueña de la carnicería que había pegada a mi casa, pared con pared.

Bien grabado tenía el olor nauseabundo de la carnicería, casi tanto como los sonidos que de allí salían. Cada tarde de sábado, como un ritual macabro, se escuchaba el ensordecedor guirigay de los pollos atronando, casi pidiendo auxilio, al ser sacrificados por la carnicera y sus ocasionales ayudantes con un certero tajo de cuchillo que les rajaba la parte superior de la cabeza, para después colgarlos de las patas hasta conseguir que se les escurriera cada gota de sangre que tuvieran en el cuerpo y a continuación escaldarlos en grandes hollas repletas de agua hirviendo con el fin de ablandarles las plumas para mejor poder pelarlos (de

esa operación, precisamente, venía el olor nauseabundo, y los enjambres de moscas que, sobre todo en verano, se enseñoreaban del lugar). Al día siguiente, domingo, y antes de ir a misa, labor preceptiva y casi obligatoria para toda la población de bien, una sucesión de mujeres que acudían a comprar alguno de los pollos sacrificados la tarde anterior, se llevaba adherida, además, parte del olor que aún permaneciera en el ambiente. Y algo parecido sucedía cuando había alguna fiesta importante (dos en todo el año), y los mugidos de las terneras y las vacas que mataban las vísperas, llegaban igualmente hasta mi casa con una facilidad pasmosa, resultado de salvar sin apenas dificultad la pequeña tapia de adobe que la separaba de la carnicería; entonces, sin embargo, había más público compartiendo el olor a sangre, se ve que aquellos sacrificios mayores, seguidos hasta sus últimos estertores por los espectadores que hubieran acudido a certificar la calidad de los animales inmolados en nombre del patrón a quien se dedicaba la fiesta, eran más del gusto popular, y ya antes de que expiraran se había formado en los alrededores una cola muy numerosa, ésta compuesta fundamentalmente de mujeres, que aspiraban a elegir las piezas más codiciadas, y hasta sus vísceras, sangre incluida, que servían para cocinar la chanfaina, tan apreciada por inusual.

-Habrás que hacer la cena, ¿no? Digo yo..., ya va siendo hora. El tiempo, hijas, que se le echa a una encima sin que se de ni cuenta -justificó mi madre.

-Pero si todavía es pronto, mujer. Anda, ven y siéntate otra vez -pidió la señora Olvido, la propietaria de la casa apartada irregularmente de la línea recta de la calle y causante, por lo tanto, de la bendita esquina.

En realidad debería llamarle el rincón, porque rincón era, además de esquina, o precisamente por ser una cosa había resultado ser además la otra. Así, aquella esquina protectora se había convertido en el lugar preferido por los vecinos de la zona cuando la temperatura lo propiciaba, casi nunca en invierno, aunque bastaba con que asomaran unos cuantos rayos de sol para que ellas -eran las mujeres quienes más uso le daban- quisieran aprovecharlos al abrigo del rincón, capaz de mantener una temperatura bastante decente incluso si el día había salido frío. Qué decir, pues, del

verano, cuando no se podía parar en ningún otro sitio del calor que hacía, salvo en ese rincón -y en otros rincones que había situados estratégicamente por todo el pueblo, gracias, fundamentalmente, a la arbitrariedad del trazado de las calles-, que parecía bendecido para albergar las reuniones del vecindario, propiciando con su abrigo que las tertulias se alargaran, hasta que a cada quien le llegaba la hora del retiro, más temprana si era época de siega o regadío, más tardía si la tarea en los campos de labor ya estaba hecha y sólo había que aguardar a la recolecta.

-Se ve que no le gustó la visión de lobo muerto -intervino la señora Patro, una viuda chismosa y malencarada, dispensada de cualquier quehacer que excluyese el de levantarse cada mañana para ver cómo iba pasando el día, que para ella no encerraba otra ocupación que no fuera la de esperar la llegada de la noche de la manera más distraída posible.

-O la de los cazadores del lobo -remató Maruja, una solterona que se había salido de monja para cuidar a su madre enferma y que cuando la madre murió ya no quiso volver nunca más al convento, cuestión, por cierto, que dio mucho que hablar.

-Pues no. No me gustan esos hombres -dijo entonces mi madre, que se detuvo, pero no volvió a sentarse en la silla que ya sostenía enganchada por una de las traviesas del respaldo al antebrazo izquierdo; el otro lo tenía ocupado sujetando la mano que agarraba la cesta de mimbre en la que guardaba todos los elementos necesarios de la costura diaria.

Todos los días había costuras que atender, ya fuera en forma de zurcidos, ya de dobladillos descosidos, ya de rasgaduras que debían juntarse de la manera más disimulada posible, para que no se notaran los hilos entrecruzándose por lo que antes hubiera estado roto y después del cosido ocupado por esos hilos que parecían tejer de nuevo lo que se había destejido, acaso por el uso continuado, o porque algún enganchón lo hubiera deshecho. La falta de tantos recambios de ropa como hubieran sido necesarios para mantener la dignidad de la apariencia, hacían imprescindibles las buenas artes de las mujeres reparando lo que los hombres rompían o desgastaban trabajando en el campo, o cuidando a los animales. Y qué decir de lo que destrozaban los niños, criados al arbitrio de

la calle, donde las actividades derivadas de los juegos, que incluían la tierra y las piedras entre los entretenimientos más habituales, se llevaban por delante las ropas que servían de abrigo.

-No me gustan, no, los cazadores de lobos -volvió a decir-. Y menos me gustan los que vienen de fuera. Bien clarito se lo dije a ellos: que ya hay mozos aquí de sobra para hacer lo que sea menester que se haga.

-Mujer, alguien tiene que hacerlo, ¡qué más da quién sea! Y si nuestros hombres andan metidos en faena con el cuidado de las tierras, pues que lo hagan otros, ¡qué más da de dónde vengan! -dijo la que había sido monja.

-Se ve que ésta no sabe lo que hizo tu tía Laura -habló la señora Patro.

Mi madre no respondió enseguida. La vi agachar la cabeza, como si la referencia a mi tía Laura, que en realidad era tía suya en segundo grado por ser tía carnal de su madre, mi abuela, pero a la que yo llamaba siempre tía, igual que hacían todos los miembros de mi familia, no le hubiera gustado. Entonces no sabía qué relación podía tener mi tía Laura con los lobos, ni con los cazadores; con nada, en realidad. Se trataba sólo de mi tía Laura, una mujer mayor que se sentaba cada día a la puerta de su casa, algunos ratos más atenta que otros a los ires y venires de las personas, y el resto del tiempo absorta en sus pensamientos, si podía pensar, porque no se me ocurría en qué podía pensar una mujer tan mayor que apenas hablaba con la gente, a la que veía pasar como quien ve llover, y sin embargo mi madre se había quedado callada después de escuchar la frase de la señora Patro. Incluso parecía que le había dolido aquella mención. O sería por el tono con que había dicho lo que dijo, en absoluto inocente.

Imaginé una vez más la figura menuda de mi tía Laura, siempre peinado hacia atrás el cabello, que ya se le había vuelto blanco como la nieve, sujetado en un moño bajo, que algunas veces -pocas- dejaba a la vista, entonces el pañuelo negro que normalmente lo cubría estaba invariablemente colgado del respaldo de la silla. Y me esforcé por pensar en algo que le hubiera podido pasar a esa mujer por la que parecía haber pasado la vida sin que ninguno de los contenidos que suelen llenar una vida parecieran haber pasado

por ella.

-¿Qué es lo que hizo tu tía Laura? -preguntó por fin Maruja, la mujer que se había salido de monja, que parecía sinceramente intrigada.

Mi madre siguió aún unos minutos sin responder; mantuvo la cabeza ligeramente agachada, las dos manos ocupadas, una por la silla de anea que había dejado caer del antebrazo, donde antes la había enganchado, y la otra por la cesta de mimbre repleta de hilos y retales viejos con los que remendar lo que debiera ser remendado, ya fuera un roto o un descosido que hubiera descubierto en el pantalón de mi padre cuando regresaba del campo, o en la camisa de franela con la que habitualmente se abrigaba del relente al salir de casa, cuando apenas había amanecido o ni siquiera lo había hecho aún, para atender los cuidados de sus sembrados.

-Venga, mujer, que si bien lo miras no es ninguna deshonra -dijo la señora Olvido-, cuéntaselo. Total, ya ha pasado mucho tiempo. Casi nadie se debe acordar ya de aquello. Después de todo, es algo que le pudo pasar a cualquiera.

-No pensaba precisamente en que fuera una deshonra -respondió mi madre, que a pesar de sus palabras parecía estar todavía muy lejos de allí.

-¿Y entonces, por qué no se lo dices de una vez? -insistió la mujer, ajena por completo a los deseos de mi madre y atenta, más bien, a lo que ella misma quería escuchar costara lo que costara. Le costara lo que le costara a mi madre, y debía ser mucho.

-A lo mejor porque no es tan importante, después de todo. Al fin y al cabo, pasó hace mucho tiempo. Ya no se acuerda casi nadie, así que buena gana de remover los pesares a lo tonto.

-Déjala, anda, que se ve que lleva prisa -terció Maruja, no sé si porque en realidad no le interesaba lo que pudiera decir mi madre o para evitarle todo el sufrimiento que estaba evidenciando-, ya saldrá a colación en otro momento, cuando tenga más ganas de hablar.

-Sí, sí, en otro momento.

Mi madre cerró la puerta de golpe después de entrar en casa. Me extrañó que no me llamara para que entrara con ella, como hacía siempre. Las otras mujeres siguieron calladas y yo volví a mirar hacia

la calle por la que se habían perdido los hombres que llevaban el cadáver del lobo colgando de un palo. Pero ya no había hombres pidiendo la voluntad, ni mujeres cosiendo sentadas en corrillos. Bajé entonces corriendo hasta la plaza y, aún con el resuello en la garganta, me detuve un poco antes de llegar a la puerta de la casa de mi tía Laura, que todavía estaba abierta, ya con la luz encendida por faltar la claridad que iba perdiendo paulatinamente el día que a no tardar se mudaría en noche. La sombra de su figura menuda se calcaba en el suelo como si de una calcomanía enlutada se tratara. La oscuridad le ganaba la partida a la nitidez sin remedio. Al cabo de unos minutos de espera, en los que no supe qué había esperado -ni por qué, y mucho menos, para qué-, la sombra se hizo más alargada y adquirió movimiento, de lo que deduje que se habría levantado de la silla en la que habría estado sentada, como siempre, y la puerta se cerró de un golpe seco, olvidando taponar una rendija por la que se escapaba un trozo de la claridad que iluminaba aquello que hubiera al otro lado.

Al pasar de nuevo por el rincón para regresar a mi casa, ya no quedaba nadie allí. Me extrañé por la rapidez que se habían dado en la recogida, o sería que me había demorado más de lo que supuse que había hecho. Era entonces, estando vacío, cuando aquel espacio parecía más grande, ya sin sillas ocupándolo, ni voces que al abrigo de las dos paredes que lo formaban amplificaban el tono de las conversaciones, de por sí cargadas de decibelios, excepto si la conversación central versaba sobre el despellejamiento de quien, a juicio de las comadres, debiera ser despellejado, naturalmente sin pretensiones de ofender, sólo de hablar por no callar, pero sin mala intención -eso decían ellas, que se negaban a reconocer el perjuicio que a menudo ocasionaban sus *inofensivos* comentarios-, ni siquiera si había algún damnificado que sólo mucho más tarde se enteraría del daño causado por palabras que se lanzaban como jabalinas al buen tuntún, sin tino ni cuidado por evitar que fueran a dar en el blanco proyectado, o ni siquiera proyectado y mucho menos imaginado.